



Ascensional: poesía y trascendencia

BOSCÁN DE LOMBARDI, Lilia

Universidad Católica Cecilio Acosta

Un libro de poesía es un reto para el lector. Penetrar en la complejidad del texto es una aventura en la que se participa, con avidez, para desentrañar el misterio de la creación. En la poesía de Solange, las palabras nos convocan a escuchar la música grave, casi en susurros de versos iluminados que crean espacios de soledad y de recogimiento. La autora ha escrito mucho e ininterrumpidamente, lo que corrobora una auténtica vocación poética.

Ha publicado *En ese espacio del deseo* (1991); *Huella del corazón ausente* (1995); *El lugar de la casa* (2001) y *Canto en tono bajo* (2004). Me satisface mucho decir que *El lugar de la casa* fue publicado por nuestra Universidad y forma parte de la colección de poesía *El Aleph*; igualmente, *Canto en tono bajo* es una coedición en la que participaron el Acervo Histórico del Estado Zulia y la Universidad Católica Cecilio Acosta.

Este nuevo libro de Solange es la suma de dos textos escritos en épocas diferentes: “Ascensional” y “Como un ondular del recordarse” que contienen poemas de 1995 y 2004, respectivamente. La poesía de Solange —profunda y trascendente—, refleja a una escritora sensible y culta que ha transitado por caminos filosóficos para develar misterios y encontrar caminos de luz en la existencia.

El lenguaje poético revela el yo profundo y sus más íntimas inquietudes. El ser humano es tiempo y existencia que termina con la muerte, de allí la necesidad de respuestas para explicar y enfrentar el misterio de lo desconocido. Es necesario encontrar no solo respuestas tranquilizadoras y esperanzadoras, sino la sabiduría y el

conocimiento para vivir en armonía con uno mismo y con todo lo creado; una armonía cósmica para trascender la inmediatez y la cotidianidad. La orfandad se resuelve en la esperanza de salvación en Dios eterno y trascendente.

En la poesía mística de Solange se perciben ecos de diversas religiones; confluyen corrientes subterráneas que alimentan su filosofía de la vida y su visión del mundo, en la que prevalece la sed de conocimiento de Dios y la aspiración metafísica de trascendencia. Múltiples lecturas, íntimos deseos, confluyen en estos libros de poesía densa y compleja, en los que los símbolos y las alusiones mitológicas contribuyen a acentuar la atmósfera de religiosidad y sacralidad.

Juan Liscano comenta que es necesario conocer no solo el contenido del libro, sino su profundidad y su valor estético. No cabe duda de que, en *Ascensional*, Solange se expresa con excepcional pureza, con un lenguaje diáfano que le permite exponer sus íntimos deseos de unión con Dios. Es poesía de cantos líricos que evocan a la divinidad y expresan la más honda aspiración de ascensión y fusión mística con Dios.

El libro se abre con el poema “Docilidad”, en el que declara su vaciamiento de sí para entregarse a Dios; la negación del cuerpo para ser sólo “apoderamiento”/“fabulario que suma”/“criatura preguntando lejanía”. El anhelo de trascendencia y eternidad se expresa con un lenguaje rico en alusiones religiosas y místicas a partir del cuerpo que busca lejanía, que busca apoderarse del espacio y ascender como una ofrenda; de allí el título del libro, *Ascensional*, que remite a significados místicos y a la evocación de los versos inmortales de San Juan de la Cruz, el poeta místico que mayor gloria ha dado a las letras españolas en la segunda mitad del siglo XVI. En *Noche oscura*, el poeta español llega a cimas insospechadas de ardor y de sublime pasión; en cantos de delicada belleza, el poeta expresa la íntima experiencia del camino místico hacia Dios, saturado, como dice Liscano, “de esa carnalidad amorosa del sufismo”. Está suficientemente estudiado el lenguaje poético de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa, lenguajes amorosos que expre-

san el vaciamiento de sí para ser uno con Dios. Solange también busca a Dios, con delicadeza no exenta de pasión. Muchos de estos poemas revelan la intensidad del deseo como en “Triunfal” cuando dice, “¡Cómo te amo, oh fuerza mía!”.

El anhelo de Dios es anhelo de unión definitiva, de disolución en Dios, sólo posible en la entrega total, etapa unitiva en la que concluye el difícil y doloroso camino místico de expiación y de perfección. Ser uno con Dios; sentir a Dios como “profundidad que me desposa”, es el máximo anhelo del deseo amoroso. Muchas veces, los versos son letanías de aceptación del deseo o son humildes declaraciones de amor:

...porque, quién soy fuera de ti?
grito de mi grito
amor de mis dulzuras
alabado sea
el polvo de tu polvo.

El tema que inunda este libro es el amor, el deseo amoroso de ascensión a Dios, de allí el predominio de palabras que connotan este significado ascensional tales como aire, alas, ángeles, cielo, vuelo, etc. Frente al deseo místico de ascensión a Dios, la parte humana se manifiesta en caídas inevitables y repetidas, pero es insistente el anhelo de “subir recitándote y sacerdotal” hasta el fuego divino, inmortal, pleno de misterio.

Dios —distante y enigmático— seduce en su misterio inalcanzable. El ser es cuerpo, es “piel inconsolada/que se enciende para Dios”, que espera por Él en las tinieblas de la vida y en el fin de la jornada, pero el ansia de Dios se frustra por su lejanía, como en el poema “Idílico” cuando dice, “sufro de Dios, su lejanía”. La naturaleza es un canto a Dios, un canto húmedo de lluvia, de agua de río y la aspiración a Dios, el deseo inflamado, es “flecha numinosa/volando interrumpida”. Pasión, fuego, deseo, cárcel, corazón, son algunas de las palabras del lenguaje amoroso de este libro.

En “Fragante” se expresa el diálogo con el creador en una relación de mística intensidad correspondiente a la etapa unitiva. En el misterio se inscriben símbolos como la nada, enigmático e inabarcable concepto para la razón humana. Su infinitud sólo se llena por la infinitud de Dios, Dios callado, Dios desierto; a ello se deben los versos del poema “La nada”:

Cito los símbolos como la nada
la faz de su lenguaje bienhechor
hablar para el silencio...

La nada oriental no es la negación absoluta, la muerte de todo, sino la indiferenciación; es decir, la carencia de oposiciones y contrastes y, por consiguiente, la ausencia de color y de dinamismo. Los *Upanishad* establecen diversos estados de conciencia del ser, desde la vigilia —poblada de formas objetivas—, y el ensueño —ya ordenada según impulsos subjetivos y profundos—, hasta la conciencia profunda —sin imágenes, del más intenso sueño. Esta última se asimila a la nada mística. Es muy importante para el conocimiento de la idea del nirvana, y para comprender el éxtasis del anonadamiento, conocer esta idea de la nada como realidad inobjetiva y, por lo tanto, inefable. Un anagrama cabalístico ratifica esta idea de la nada al comprobar que “nada”, en hebreo Ain, tiene las mismas letras que “yo”, Ani.

Palabras como árboles, herida, sangre, enigma, ramaje, fuego, arca salvadora, mar, evangelio, nube, lluvia, eucaristía, altar, providencia, sudario, sacral, revelan el contenido religioso de *Ascensional*. Pero lo sagrado se toca con lo profano. El lenguaje amoroso que emplean los místicos no es diferente al lenguaje amoroso erótico de poetas que no lo son. Hay un solo lenguaje para expresar el sentimiento amoroso aunque el objeto del deseo no sea el mismo. Para Solange, el amor es la fuerza dominante pero, aunque prevalece el amor místico a Dios, también está presente el canto a la mujer “descrita como reina”, la mujer amante y la mujer madre a la que se refiere el poema “Regazo”:

Cómo olvidarte virgen nutritiva
rebotante de pechos permanentes
cubriendo nido bajo lluvia diluvial
herméticas aguas de sexo rasante
como útero dispuesto
a la casa de los hijos futuros.

El amor se siente palpitante, irradiando su fuerza y su poder iluminador en todo el libro. La experiencia inigualable de la maternidad es expresada con delicados versos que remiten a días de feliz espera, tiempo de expectativa por la llegada del hijo, ilusión que se desborda “porque me ha sido dado/un ritmo de niño”. La capacidad amorosa y de entrega al hijo esperado se resume en los versos excepcionales del poema “La espera”, cuando el nacimiento es precedido por

...aroma de ruda y álces
anunciando la anhelada hora
de soplar me hacia tu adentro.

La imagen universal de la madre con el niño en brazos es la expresión de la ternura y el amor incondicional presentes en el poema “Durmiente”, en el que, en una visión onírica, se accede a la sacralidad divina a través de una identificación absoluta. ¿Se refiere a la Virgen María o a una divinidad de otra religión como el hinduismo? Al identificarse con ella está afirmando el carácter trascendente y sagrado de la mujer y la maternidad. María es el símbolo de la Madre, así como Sakti —en la filosofía hindú— es la feminidad misteriosa y trascendente.

Se tocan lo divino y lo profano, la realidad y el sueño, revelando siempre el total amor a Dios, como es evidente en la mayoría de los poemas en los que el lenguaje amoroso se despliega en imágenes que bien pueden referirse a un amado profano o divino, como en “Primordial”:

Possible es el amor que así dispones
terciopelo en los capullos
el mirto lanzando aromas
apetencia por volver
a efímera alegría en la memoria
ardoroso caudal brotando
higo dulce de la tentación.

El erotismo adquiere intensa significación de sacralidad y de profunda pureza. Las alusiones eróticas buscan simbolizar el amor divino que atrae al amante místico con un poder equivalente al del amor físico y sensual. El amor es entendido y asumido como don precioso y aspiración esencial de profunda unión fundamentalmente trascendente. Más allá de lo estrictamente sensorial se accede a una unión espiritual en que desaparecen los límites y se accede a la eternidad. En “Sacral” se rinde ante el amado y le pide “Has con tus propias manos/el ángel de mi volar”/y en “Cardo” el erotismo es elocuente:

Hunde tu espada en el dorso
de mis sentidos callados
tacto buscando rozar
la voz que me despierta
opulento solar de mi rocío
ofrecido a tu clima jugoso.

Son numerosos los poemas en que se desarrolla el diálogo con el amado, en un acercamiento de sutil entrega, como en “Amores”:

Lávame y seré limpia
dispuesta en espiga
y de olor agradable

como heliotropo al pie de la cruz
así gustaré a tus sentidos
fórmula mágica de mi cuerpo bendito
firme a la voz del encantador.

La espiritualidad de Solange y la búsqueda de Dios se ponen de manifiesto en este libro a través de un lenguaje amoroso transido de deseo. Lo más próximo para relacionarlo es con el lenguaje de los místicos españoles aunque es muy iluminadora la información de Liscano sobre los sufíes islámicos, que “llevaron a su mas alta expresión y manifestación, el amor hacia Dios, la sublimación del deseo”. Por el camino de la mística, ya sea hebrea, cristiana, islámica o hindú, se puede acceder al significado profundo de la poesía de Solange: la sed de Dios para alcanzar el éxtasis, la unión espiritual en que se es uno con Dios.

El yoga es una de las ideas o conceptos que nos introducen en el espiritualismo indio; yoga designa toda técnica de ascesis y cualquier método de meditación para llegar al Ser, al Nirvana, para adquirir la liberación, pero estos ascesis y meditaciones han sido valorizadas en forma diferente por las múltiples formas de pensamiento y de movimientos místicos indios. Al lado del yoga “clásico” —expuesto por Patanjali en su tratado Yoga-Sutra—, hay innumerables formas “populares”, asistemáticas de yoga; y también las hay de yoga no brahmánico (yoga budista y jaina) y, sobre todo, de yoga de estructura “mágica”, “mística”, etc. Por la vía del Jñana Yoga también se puede llegar a Dios, en uno mismo, a través del conocimiento de Dios.

En la poesía de Solange, en la insistente presencia de la sacralización del cuerpo, también se perciben ecos del tantrismo. El Tantra sería “lo que prolonga el conocimiento”. En el tantrismo hay una actitud anti-ascética; ya que el cuerpo del hombre representa al cosmos y a todos los Dioses, ya que la liberación puede ser obtenida partiendo del cuerpo, es necesario un cuerpo sano y fuerte. El Kularnava-tantra detalla que la unión suprema con Dios sólo se obtiene mediante la unión sexual. Pero la “facilidad” del sende-

ro tántrico es más bien aparente. Para la metafísica tántrica —tanto hindú como budista—, la realidad absoluta, el Urgrund, encierra en sí todas las dualidades y polaridades reunidas, reintegradas en un estado de absoluta unidad (advaya). La creación y el devenir que se desprende de ella, representan el estallido de la Unidad primordial y la separación de los principios (Siva-Sakti, etc.); por consiguiente, se experimenta un estado de dualidad (objeto-sujeto); y tenemos, entonces, el sufrimiento, la ilusión, la esclavitud. El objetivo del sadhana tántrico es la reunión de los dos principios polares en el alma y el cuerpo propios del discípulo (Mircea Eliade).

La filosofía hindú ha enriquecido el pensamiento de la autora; el lenguaje poético revela la búsqueda de la verdad, el anhelo de liberación que equivale a apropiarse de otro modo de ser por encima de la condición humana. La unificación del espíritu precede a la unión verdadera, la del alma humana con Dios. En la poesía de Solange, las palabras, las metáforas, los símbolos, las imágenes, expresan la sed infinita de Dios. Si se perciben huellas del sufismo y del yoga, no menos intensas son las de la mística cristiana, como en “La Perla”:

He nacido frágil gota de rocío
he consagrado al novio mis albores
y construido su casa en la belleza
yo lo sigo hasta la fracción del pan
hasta el cáliz de su pasión
mujer que anida en parábolas
mujer que guarda su perla en la red.

Ascensional es revelación y ocultamiento, es ensoñación y pensamiento, pero ante todo es poesía esencial y trascendente.

Como un ondular del recordarse

En el estilo poético de Solange Rincón se perciben ecos del barroco. Así lo refleja el título de este libro, *Como un ondular del recordarse*, que reúne poemas del año 2004. La lectura de estos

versos permite evocar a poetas españoles de los siglos XVI y XVII transidos de amor místico como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, aunque también hay una esencia Gongorina en la manera como construye los versos, en la sintaxis, en los versos suspendidos, flotando en el vacío, como si la idea de un verso se alargara indefinidamente, y el significado se oscurece como el misterio mismo. Pensar en Quevedo, además, es obligante. El conceptismo quevediano que insiste en la profundidad, en el contraste, en la oscuridad iluminadora de ideas complejas y profundas, se percibe en versos densos y sugerentes como los de “Perennes”, en los que la longitud del tiempo contrasta con la brevedad del olvido; tema éste, el del tiempo, que es insistente, revelador de hondas preocupaciones filosóficas. La brevedad de la vida es como la de la rosa, y el tiempo nos persigue y nos empuja a la muerte, a la noche, y el amor es sólo un “amoroso rostro/fugaz y embalsamado”.

La soledad y el silencio son exaltados como espacio definitivo para la paz interior; es el recodo donde se apacienta el alma, es el silencio de la noche, cómplice de la soledad y de la aventura de pensar y de sentir. La búsqueda de la paz y de la calma es el objeto final de un largo recorrido durante el cual perduran las sombras. El espíritu anhela la fuerza de Dios para vivir y para acceder al sosiego de la eternidad. El tiempo, la vida y la muerte se reflejan constantemente en esta poesía de hendiduras, de anhelos de fuga y de libertad. El ser humano es un prisionero que recorre los caminos de la vida, condenado a la muerte sin remedio y, como dice Solange, “el destino es un tiempo inexorable/mudado sobre el hado/a incansable territorio” (“Fonema”). El destino nos define, la muerte nos acecha, de allí las ansias de libertad, “mi propio destierro/en todos los adioses/que me dejan libre/como un solo corazón/que nadie sabe” (Yejudim).

El alma atormentada vislumbra a Dios como un oasis y el amor es el único refugio; amor místico que crece en la hondura de su sentimiento y que la acerca anhelante a la fuente de todo lo creado. Al amar a Dios, ama a su creación, a la naturaleza pródiga en colores y armonías, a “las cosas menudas/que silentes pasan” (“Silfos”). Y al querer ser uno con Dios y no ser otro, se identifica

y se funde con la naturaleza. En “Predicamento” su cuerpo es el cuerpo del cedro florecido. La poesía de Solange es de profunda espiritualidad, reveladora de un alma sensible iluminada por el ansia de Dios. Crece la esperanza, pero necesita liberarse. El camino no es fácil, los grandes místicos de todas las religiones revelan la existencia de etapas de arrepentimiento, de renuncia, de purificación creciente para alcanzar la máxima libertad y poder lograr la unión con Dios. El objetivo de todas las filosofías y de todos los místicos hindúes es liberarse del sufrimiento, ya se obtenga esa liberación directamente por el “conocimiento” siguiendo enseñanzas, por ejemplo del *Vedanta* y del *Samkya*, o por técnicas como el yoga en las escuelas, budistas persiguiendo la salvación del hombre. El conocimiento metafísico, el conocimiento de las realidades finales nos procuran liberación. Toda ignorancia parcial abolida hace dar un paso más hacia la libertad y la beatitud.

La miseria de la vida humana se debe a la ignorancia de la verdadera naturaleza del espíritu, ignorancia de orden metafísico. El conocimiento metafísico lleva hasta el umbral de la iluminación; es decir, hasta el verdadero “yo”. Este conocimiento de uno mismo, en el sentido ascético y espiritual de la expresión, es el objetivo perseguido por una gran parte de las teorías hindúes, aunque cada una de ellas señale otro camino para llegar a él.

Para el *Samkhya*, igual que para los *Upanishad*, no hay más que un camino para alcanzar la salvación: el conocimiento adecuado del espíritu. Desde el momento en que entendemos que el yo es libre, eterno e inactivo, todo cuanto nos sucede —dolor, sentimiento, volición, pensamientos—, no nos pertenece. El conocimiento es un simple “despertar” que desvela la esencia del yo. El yo es puro, eterno y libre. En realidad, el espíritu es puro “espectador”; del mismo modo que la liberación no es otra cosa que una toma de conciencia de su eterna libertad.

En el sufismo —que es el misticismo del Islam—, la meta final es la unión íntima con Dios. A quienes alcanzan esa meta del camino espiritual se les llama sufíes o valí. La doctrina del sufismo es siempre una interpretación del Corán y de la tradición. Influyó

en la espiritualidad de otras religiones como el judaísmo y el cristianismo. San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús vivieron la experiencia del camino místico que expresaron con singular maestría en sus textos poéticos. El sufismo propone un modelo de hombre comprometido con su sociedad y con su tiempo, como un instrumento de Dios para el triunfo de la religión y la verdad. La realidad del sufismo o Tasawuf es la experiencia, la vivencia, y en el camino místico hay varias etapas: T: arrepentimiento; S: (Safá) purificación; U: (Ulaiah) la intimidad y amistad con Dios; F: (Faná) aniquilación en el Amado, ya no hay dos, sólo uno. Esa necesidad de Dios, de perderse en Él eternamente, Solange la expresa con absoluta transparencia en “Esoterikós”:

¿Qué más quiere el amor
que no ser otro?
Amor no arrancado
como flores mustias
amor rumoroso río
donde besa el verso
la sed de Dios
que no se basta
y se expone en su caudal
como un misterio

En “Divinizada”, Solange insiste en el amor místico trascendente “para ser con el amado/y el amado en mí/un modo eterno/que yo regalo”. Percibimos la huella de lecturas de poetas y de filósofos sufíes en la escritura culta de Solange, y también las enseñanzas del hinduismo y del yoga. Presencia importante tiene la mujer en la poesía de Solange, simbolizada en diosas mitológicas como Cibeles, diosa de la fertilidad; Pasifae, esposa de Minos, madre de Ariadna, de Fedra y del Minotauro; Cíteres, sobrenombre de Venus; Rea, esposa de Saturno; Urvasi, ninfa apsara que nació del contacto de un muslo de Nasayama con una flor; Tara, que en el budismo es la gran diosa de la India nativa.

Todos los anteriores son nombres de deidades trascendentes con las que realza el valor de la feminidad. En “Shakti”, Solange rinde homenaje a “la fuerza cósmica” que, en el hinduismo, es promovida al rango de Madre divina, que sostiene al universo y a todos sus habitantes, lo mismo que a las múltiples manifestaciones de los dioses. Toda mujer se convierte en la encarnación de la Sakti, representación de la feminidad misteriosa y trascendente. Hay, en este poema, un reconocimiento de lo que es trascendente e invulnerable en la mujer que implica la emoción mística ante el misterio de la generación y de la fecundidad. En la filosofía hindú, en el tantrismo, la mujer encarna, a la vez, el misterio del ser, de todo lo que es y de lo que se transforma, muere y renace de manera incomprensible.

Cuando un gran peligro amenaza los cimientos del cosmos, los dioses apelan a la Sakti para conjurarlo. La Madre divina, la Mujer, es “ninfa del silencio/y me pronuncio/sobre un trono celeste/joya de mi vulva incontrastable” (“Shakti”). La frescura de la naturaleza aletea en los versos que revelan sus más profundos anhelos de libertad, de amor, de sosiego. La búsqueda de paz espiritual, de reconciliación con todo lo creado, se percibe como el anhelo más profundamente sentido, sólo así se supera el miedo al tiempo, a la muerte y es posible expresar el amor a la vida sin angustia y sin nostalgia. La paz interior nos reconcilia con todo lo creado y permite vivir en armonía con los demás. ¿Es sólo un sueño, una aspiración ideal? Solange va tras ese sueño de paz, amor y libertad, y deja de ser sueño cuando piensa y escribe poesía con la que trasciende y se eterniza más allá del tiempo, más allá del recuerdo, más allá de la muerte. Escribiendo poesía accede a campos de libertad “donde lo insondable/reduce su infinitud/y hay puertas dejando entrar/la súbdita frase de la calma” (“Nacimiento”); idea que reitera en “Líbrenme”: “Sólo un momento me siento liberada/Cuando en la poesía me encuentro inmortal”.

Este libro de Solange es revelador de su profundo y de su complejo mundo interior donde el deseo amoroso es eje central, un leitmotiv. Otros temas como la angustia existencial, la nostalgia, el anhelo de la soledad y el silencio, la aspiración al sosiego y a la libertad se relacionan con el deseo de unión con Dios. Es el estado

perfecto de absoluta felicidad. Las alusiones eróticas buscan simbolizar el amor divino que atrae al amante místico con un poder equivalente al del amor físico y sensual.

El poeta Jumús Emré dice que “cualquiera que posea una gota de amor posee la existencia de Dios” y Solange dice, en “Sensuales”:

Solamente Dios después de la noche oscura
arrebato que me lleva sensible
a posarme sobre su espalda
unir mis pies a sus pies
mis ojos a los suyos
hasta sentir el uno como el otro
la misma vibración de placer
deliberadamente sutil
como un dulce instrumento
saboreando una música exacta.

El canto a la naturaleza, el canto a la vida, el canto al amor, hace de Solange una sacerdotisa enamorada que se vierte en versos apasionados, reveladores de su entusiasmo vital y de su profundidad espiritual. La poesía es diálogo interior, es meditación profunda, es mirarse reflejado en el espejo de su propio yo y profundizar en el conocimiento del ser. El encuentro místico, la paz anhelada, en la que se anulan todos los deseos y que es el gran tema del libro, queda magistralmente expresado en el poema inicial “Alegoría”; en él, el lenguaje poético transmite la emoción del instante y toca el infinito:

Estoy en calma
fuera de mi propio silencio
durando voluntariamente la noche
consigo lo es todo
el cuerpo que visto
con una grandeza
de orilla irrespirable.